

EMMA MADDEN



**SERIE
SUEÑO
AMERICANO**

BRADLEY, CONRAD, TAYLOR

SERIE
SUEÑO AMERICANO

BRADLEY
CONRAD
TAYLOR

EMMA MADDEN

BRADLEY

Primer libro de la serie Sueño Americano

EMMA MADDEN

Quarterback

Quarterback (QB) (mariscal de campo)

Es un anglicismo utilizado para una posición en el fútbol americano y en el fútbol canadiense.

Los Quarterbacks son miembros del equipo ofensivo y se sitúan justo detrás del center, en el medio de la línea ofensiva. Son los líderes del equipo ofensivo, responsables de decidir la jugada a realizar. Inician prácticamente todas las jugadas recibiendo el balón del center mediante un *snap* (aunque a veces este puede ir dirigido hacia otro jugador). Una vez que el Quarterback recibe el balón, puede correr con él, dejárselo en mano a otro jugador o intentar un pase.

—No sé nada de fútbol americano.

—Da igual, tú ve allí, pégate al resto de reporteros, asiste a la rueda de prensa y evita que alguien te plaque, punto. Tengo que irme.

—¿Qué alguien me plaque?, ¿qué quiere decir con eso?

—Hay mucha gente la noche de la Súper Bowl, Martina. ¿Te llamabas Martina, no?

—Sí, señor Harrison, Martina.

—Vale, Martina, solo quiero decir que no estorbes mucho. Ahora coge un avión y vete a Atlanta ya. ¡Vamos!

Martina Fernández agarró sus cosas y bajó corriendo a buscar un taxi, pensando en que no llevaba apenas dinero para hacer ese dispendio, pero prefirió no darle muchas vueltas al asunto y se subió al primer taxi que encontró viendo como desde la redacción le confirmaban con un mensaje de móvil su reserva de vuelo y de una noche de hotel en el Hilton Garden Inn de Atlanta.

Afortunadamente, allí las cosas funcionaban bien a nivel de intendencia y habían resuelto lo del viaje muy rápido, y cerró los ojos pensando en qué demonios hacía ella cubriendo la final de la Súper Bowl, exactamente la 53ª final de la NFL y la 49ª de la era moderna, en el Mercedes-Benz Stadium de Atlanta, si no tenía idea de deportes, y mucho menos de fútbol americano.

Llegó al Aeropuerto Kennedy y entró corriendo en la zona de vuelos nacionales, pasó el exhaustivo control policial con paciencia y llegó a tiempo para embarcar con la hora pegada, muy justa, pero a tiempo. Un verdadero milagro teniendo en cuenta que Nueva York un sábado por la tarde era una verdadera locura de tráfico.

Se sentó en su butaca del avión y sacó la Tablet dónde había descargado toda la información que encontró sobre los dos equipos que iban a disputar la tarde del domingo 3 de febrero, a las 18:30, hora de la costa este, la final de la Súper Bowl, a saber, los New England Patriots de Massachusetts y Los Angeles Rams, lógicamente de la ciudad de Los Ángeles.

Dos equipazos que contaban con unos jugadores de élite, los mejores de los Estados Unidos, entre los que se encontraban unos chicos realmente guapos, pensó viendo las fotografías en baja resolución que acompañaban sus respectivas biografías. De todos ellos solo conocía a Tom Brady, el marido de la modelo Giselle Bündchen, una información que para el caso era absolutamente irrelevante.

El avión despegó y de repente se sintió agotada, muy frustrada porque no alcanzaría a aprender nada sobre el tema en las dos horas y media de vuelo. Era imposible, así que decidió hacer caso a su jefe: llegar allí, pegarse al resto de la prensa e intentar que no la placaran.

Cerró los ojos y se durmió.

1

—¡Madre mía!. ¡¿Qué haces?!

Le gritó esa mole de dos metros echándosele encima y Martina, con los ojos desorbitados, retrocedió, pero ya demasiado tarde, perdió pie y cayó hacia el foso principal del estadio con todo el equipo. El anorak se le subió hasta la cabeza y su mochila saltó por los aires, pero afortunadamente no soltó el teléfono o eso hubiese sido un suicidio profesional instantáneo.

Quiso levantarse, pero antes de intentar hacer el esfuerzo, ese chico tan grande la agarró por el brazo con una mano y la levantó de un salto.

—¿Cómo se te ocurre ponerte por en medio?!. ¿Estás bien?

—No sabía que estaba por en medio, y estoy bien, gracias.

—Ok, pues fíjate un poco y mantente más atenta...

—¡Bradley! —gritó uno de sus compañeros y se le subió a la espalda para seguir celebrando el triunfo. Martina lo miró a los ojos y él le guiñó el suyo antes de perderse dentro de los vestuarios.

—¿No tienes nada roto, preciosidad? —le preguntó uno de los reporteros mirándola de arriba abajo—. Si te ha roto solo una uña podrías demandarlo, es Bradley Williams, ¿sabes?

—Estoy perfectamente —se agachó para ignorarlo y recoger sus cosas.

—Tú no sueles hacer esto, ¿verdad?

—¿El qué?

—Cubrir el fútbol.

—No, el redactor de deportes de mi periódico tuvo un accidente y me mandaron a mí como último recurso.

—¿Eres del Daily News? —ella asintió—. Yo estaba con Bob cuando chocamos con el taxi, gracias a Dios a mí no me pasó nada.

—Vaya... me alegro por ti.

—Peter, Peter Robinson, del Times.

—Martina Fernández, encantada.

—¿Tú eres la belleza española que tiene a medio periódico encandilado?

—No es un comentario muy apropiado, Peter... debería ir a la rueda de prensa.

—Tranquila, hombre, que estamos entre colegas, y no te preocupes, no hay rueda de prensa, nos hablan en los vestuarios, como siempre, lo interesante está allí abajo, con los chicos eufóricos por triunfo.

—Gracias.

—Y, ¿tu fotógrafo?

—Estaba por ahí, supongo que me esperará en los vestuarios.

—Átalo en corto, Martina, necesitas buenas fotos o tu jefe te dará puerta, por muy guapa que seas.

Frunció el ceño y respiró hondo, ignoró el comentario completamente fuera de lugar (y hasta denunciado según los tiempos que corrían) y siguió al mogollón de gente camino de los vestuarios dónde había otro mar de personas afines a los New England Patriots, que habían ganado la Súper Bowl por 3-13, celebrando el dichoso triunfo tras un partido que a ella se le había antojado larguísimo y aburrido.

Sacó el móvil y localizó la grabadora acercándose a los jugadores y a sus allegados, que saltaban y se empujaban y se felicitaban de forma bastante brusca para su gusto, y buscó un rinconcito para tomar nota mental de lo que se hablaba y se decía por allí. Todo eran tópicos y gritos de macho alfa bastante previsibles y bufó sintiéndose comple-

tamente ajena a toda la fiesta y a toda esa parafernalia de la que no entendía nada.

Lástima que no estuviera allí alguien más capacitado, y más entusiasta que ella, alguien mucho más informado cubriendo el evento. Seguro que había mucha gente en la redacción del periódico que hubiese matado por estar en su lugar, pero ya era tarde para lamentaciones, y se recriminó por ser siempre tan lanzada e incapaz de negarse a nada en el trabajo.

Habría bastado con decirle a su jefe que ella no era de deportes y que le daba exactamente igual la Súper Bowl, pero eso, igual, le hubiese costado un despido inmediato. Al fin y al cabo, ella solo era una becaria más, encima extranjera, de la que podían prescindir en cualquier momento, y eso no lo podía permitir, no podía, porque su sueño era trabajar en Nueva York y vivir del periodismo. No se había pasado media vida estudiando y otra media convenciendo a sus padres para que la dejaran aventurarse en los Estados Unidos sin un céntimo para luego mandarlo todo al garete por...

—¡Me cago en...! —gritó en español sintiendo el potente chorro de agua en plena cara... agua no, champagne, comprobó de inmediato, y trastabilló perdiendo el equilibrio.

—¡Joder! —exclamó quién acababa de agredirla y se le acercó agarrándola del brazo para evitar que se cayera— ¿Siempre tienes que ponerte por en medio, muchacha? Te dije que te mantuvieras atenta.

—¿Yo?, si yo estaba tranquilamente aquí. ¡Mierda!, mira cómo me has puesto —primero observó su ropa empapada y luego subió los ojos para mirar a ese hombretón, Bradley Williams, a la cara. Él iba vestido solo con una toalla enrollada alrededor de las caderas y le sonrió conciliador.

—Estamos celebrando la Súper Bowl, aquí hay champagne y gente en movimiento, cariño, es tu culpa si no...

—¿Mi culpa?. Yo no he hecho nada, si yo...

—¿Martina? —Fred, su fotógrafo, se acercó muerto de la risa y la sujetó por el brazo izquierdo, porque el tal Williams no le soltaba el derecho— ¿Estás bien?

—Empapada y no tengo ropa, no he traído equipaje, ni...

—Ok, ok, lo siento, yo me ocupo —Bradley Williams chascó los dedos y de la nada apareció una asistente—. Ocúpate de la señorita, Paula, que la lleven a casa.

—Estoy trabajando, ¿sabes?, no puedo irme, y mi avión no sale hasta medianoche.

—¿Avión?, ¿adónde vas?

—Nueva York —miró sus ojazos color turquesa y de repente le empezó a caer bien, a pesar de ese aire de matón que tenía. Era enorme y tenía un cuerpo estupendo, el pelo rubio mojado y una sonrisa de anuncio de dentífrico. Respiró hondo y le ofreció la mano— ¿Qué hay? Me llamo Martina Fernández y soy del Daily News de Nueva York. Enhorabuena por el triunfo.

—Martina Fernández —repitió con un acento pésimo y dio un paso atrás para observarla mejor—. Nunca te había visto en los partidos.

—No suele ser mi área de trabajo.

—¿Y cuál es tu área de trabajo?

—De momento de todo, aunque...

—Vale, debo irme, si puedo hacer algo para compensar...

—señaló su ropa—, dímelo.

—La verdad es que sí que puedes —le soltó antes de que se girara del todo y él se detuvo y le clavó los ojos—. Unas declaraciones, por favor.

—No hay declaraciones, para eso está el cuerpo técnico.

—Ok, pues, muchas gracias.

—Solo si me das tu número de teléfono —le guiñó un ojo y ella entornó los suyos pensando que estaba bromeando, pero él volvió a llamar a la tal Paula y le pidió que tomara nota—. Hazme un favor y apunta su número, Paula.

—¿Señorita? —ella recitó su número y la mujer lo anotó en su móvil antes de mirar otra vez a Williams—. Ya lo tengo.

—Gracias. Cinco minutos y te veo aquí mismo, voy a vestirme. No te muevas de aquí, señorita Daily News.

2

—Kim quiere cien mil para reformar la casa de Cabo.

—Con eso se puede comprar una casa nueva en Baja California. Ni de coña.

—Brad...

Tom, su hermano y abogado, lo siguió a la piscina climatizada y esperó pacientemente a que se hiciera un par de largos antes de volver a hablar.

—Si no sueltas la pasta sabes lo que pasará con Edward, Brad, dale el maldito dinero y...

—¿Y qué?, ¿debo dejar que me extorsione eternamente con mi hijo?. Si quiere volver a los tribunales lo haremos y entonces yo sacaré la artillería pesada y ella se irá a tomar por el culo.

—El acuerdo de custodia se revisa dentro de seis meses y si a ella le da por pedirla, pues...

—No, Tommy, no pienso pagar para que deje de incordiar, no tiene cinco años, y si quiere pedir la custodia que lo intente, aunque ya sabes que no le interesa.

—Tienes toda la razón, si yo solo quiero facilitar las cosas.

—¿Con cien mil dólares?

—El dinero es dinero y tú tienes de sobra.

—No se trata de eso, se trata de que ya estoy harto de chantajes, y cómo me lo empiece a poner difícil yo se lo pondré peor, díselo de mi parte.

—Ok.

—La casa no necesita reformas y si quiere hacerlas que trabaje, como todo el mundo.

—La casa es de Edward, al final será para él, así que...

—¿Estás de su parte? —lo miró a los ojos y Tom bajó la cabeza.

—Por supuesto que no.

—¿Ya has averiguado quién es el nuevo novio?, porque si está disfrutando de mi casa me gustaría saber quién coño es.

—No sé nada, no quiere decírmelo.

—Vale... —miró la hora y salió de la piscina—. Voy a recoger a Eddie al partido.

—¿Qué pasa con...? —Tom señaló la segunda planta y Brad entornó los ojos recordando que no estaba solo. Acabó de vestirse y movió la cabeza.

—Es Amanda, dile que se vaya, por favor, vuelvo dentro de una hora con Eddie y no quiero encontrarla aquí.

Su hermano asintió y se giró hacia las escaleras del dúplex en silencio. Paula, su ayudante personal, también andaba por allí, así que dio por hecho que Amanda Wells, su última amiga "especial", estaría fuera de apartamento antes de que regresara con su hijo, al que no mezclaba jamás con sus conquistas, algo que su madre, lamentablemente, solía hacer con bastante normalidad.

Llegó al *parking*, se subió al 4X4 y enfiló hacia el colegio de Edward, que esa tarde tenía entrenamiento de fútbol, con la idea de pedir pizza para cenar. Quería que los días de entrenamiento fueran especiales para el pequeño, que acababa de cumplir ocho años y que a veces remoloneaba un poco a la hora de hacer deporte.

Su entrenador decía que era porque ser hijo de uno de los Quarterbacks más famosos del país era más una carga que otra cosa, que eso lo abrumaba de cara a sus compañeros y amiguitos, así que pretendía facilitarle un poco las cosas y convertir el fútbol en una fiesta, en una como la que él había vivido toda la vida en casa de sus padres.

Jugaba al fútbol desde los seis años. Siempre había jugado en el cole, en el instituto y en la universidad. El fútbol

le había conseguido una beca deportiva completa para estudiar en Columbia y le había dado la oportunidad de tener el mejor trabajo del mundo, en el equipo número uno de los Estados Unidos, los New England Patriots. El fútbol se lo había dado todo, y no es que pretendiera que Eddie siguiera sus pasos, simplemente aspiraba a que lo acabara amando tanto como él. Era lo mínimo que un padre podía pedir.

—Hola, Theresa —respondió al teléfono mirando como la lluvia atacaba sin piedad los cristales del coche.

—Hola, Brad, hemos cerrado la campaña con Nike, la producción está hecha, así te quieren en Nueva York el lunes para hacer la sesión de fotos...

—¿No pueden venir a Boston?

—No, cielo, la primera sesión de fotos será entre Manhattan y Brooklyn, después vendrán a Boston para hacer el spot principal. Es todo lo que he podido conseguir.

—Ok.

—Tienes unos días completamente libres con el equipo, ya lo he hablado con John Newman, así que no hay problema. ¿No te apetece volver a casa?

—No es eso, es que mientras pueda evitar viajar en avión, pues... estoy harto de aeropuertos.

—Lo sé, pero así ves a tus padres, puedes llevarte a Eddie.

—¿Cuántos días necesitan para las fotos?

—Dos o tres, cuenta con cuatro días como mínimo en la Gran Manzana.

—Vale, hablaré con la profe de Edward y me lo llevo conmigo, mis padres estarán encantados.

—Eso es.

—Te dejo, Theresa, estoy llegando al colegio. Adiós y gracias.

Su agente colgó y él aparcó dónde pudo mientras veía a los demás padres correr hacia el interior del cole, lo

que quería decir que se habían llevado a los niños a entrenar al gimnasio por la lluvia. Muy mal, porque un jugador se curte bajo la nieve, el agua y sobre el barro, también bajo el sol abrasador, no podían protegerlos de esa manera y decidió que lo iba a hablar personalmente con el entrenador. No le parecía la mejor política tenerlos entre algodones, como tampoco le parecía bien que los equipos no ganaran ni perdieran, y que todos los jugadores recibieran estrellitas por participar.

Era absurdo. Estaban convirtiendo a los niños norteamericanos en una masa pusilánime de quejicas y conformistas, y el país se iría al carajo si un niño no podía jugar bajo la lluvia, ni competir, ni machacar al contrario. Eso no podía ser. El esfuerzo, la rivalidad y el sacrificio habían hecho grande a los Estados Unidos y no pensaba consentir que a su hijo lo llevaran por el camino equivocado.

Llegó al gimnasio ya bastante cabreado y caminó hacia las gradas sintiendo los ojos de muchos padres encima. Afortunadamente, muchos jugadores de su equipo llevaban a sus hijos a ese mismo colegio, sin embargo, seguía llamando la atención del público y saludó un poco incómodo a los curiosos, metiéndose la gorra hasta las orejas.

—Hola, Bradley, ¿estás tan enfadado como Pete? —le dijo Britt, la mujer de su compañero Peter Cunningham, uno de sus receptores, en cuanto se le sentó al lado.

—Qué bien lo sabes.

—Ya está hablando con el entrenador Smith, pobre hombre, se quiere morir cuando os ve aparecer por aquí.

—Es que es increíble —localizó a Cunningham discutiendo con Smith y buscó a Eddie con los ojos, él lo vio y lo saludó con las dos manos—. Voy a sumarme a la fiesta.

—Es causa perdida, relájate y disfruta del partidillo, hombre.

—De eso nada —se puso de pie y saludó a su hijo antes de hacer amago de bajar a charlar con el entrenador, pero una